

## NOTAS SOBRE VENEZIA



Juan Lamillar

NOTAS SOBRE VENEZIA

**fórcola**  
**Singladuras**

## **Singladuras**

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Canaletto, *La entrada al Gran Canal*, Venecia, c. 1730

© Juan Lamillar, 2017

© Fórcola Ediciones, 2017

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

[www.forcolaediciones.com](http://www.forcolaediciones.com)

Depósito legal: M-4659-2017

ISBN: 978-84-16247-85-1

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

## ÍNDICE

|                                  |          |
|----------------------------------|----------|
| <b>Notas sobre Venecia .....</b> | <b>7</b> |
| NOTA BIBLIOGRÁFICA .....         | 149      |
| ÍNDICE ONOMÁSTICO .....          | 151      |

## **Notas sobre Venecia**

«Venecia, inspiradora eterna  
de nuestros sosiegos.»  
THÉOPHILE GAUTIER

«Esta ciudad de ensueño que, en esencia,  
recuerda a una escena reflejada en un espejo.»  
RAINER MARIA RILKE

«Ciudad en el cieno.»  
JOHN RUSKIN

«Venecia es la última de las ciudades  
del último de los países con mirones.»  
PAUL MORAND

«Vivir es ver volver», dejó escrito el escueto Azorín. Nosotros añadimos ahora a ese mínimo bosque de uves la mayúscula de Venecia, emprendiendo así un vuelo de variaciones: Vivir es volver a ver Venecia; volver a Venecia, vivir en Venecia; vivir es volver-se veneciano; ver Venecia es volver a vivir... Y como capricho, en un *allegro* contagioso, sumaríamos las uves de Vivaldi, venerado maestro veneciano de vehementes volutas musicales.

Ese volver físico y mental (con la nostalgia, el deseo o la imaginación) está ya en las palabras de Luigi Groto, Il Cieco d'Adria, cuando traza el elogio de la ciudad en la consagración del dux Luigi Mocenigo. Estamos en 1570 y el orador juega con las vueltas y revueltas de la vida y los viajes, con las volteretas del recuerdo y la memoria: «De este deseo de regresar a ella, que pesa sobre todos los que la abandonaron, tomó el nombre de *Venetia*, como si dijera a quienes la abandonaron, en un dulce ruego: *Veni etiam*, vuelve».

Viajeros de mucho prestigio repiten que a Venecia hay que llegar en barco porque hacerlo en tren es como entrar en una casa por la escalera de servicio.

Entonces, llegar en autobús, ¿sería como entrar en la casa por la ventana y con una escalera de mano?

Como muchos otros, como yo mismo al decidir redactar estas estampas, se pregunta Michel Mohrt: «¿Acaso por el hecho de que Proust y Paul Morand hayan escrito sobre Venecia, tendría yo que privarme del placer de hacerlo?». Se trata, pues, de intentar contarla «de otra manera».

Nuestra primera visita, en otoño de 1985. Como aún no había llegado a España la modernidad que nos trajo el 92, viajamos desde Sevilla en un expreso que cruzó la noche y el país hasta dejarnos en Barcelona al amanecer. A última hora de la tarde, salimos para Venecia: nueva noche, Costa Azul, Ventimiglia. Coincidimos en el vagón con un matemático sevillano que iba a un congreso en Trento con el aire del que va a un concilio. Larga parada en la estación de Génova. Cuarenta horas después de salir de Sevilla llegamos a la estación de Santa Lucia. En las vías de al lado, el Orient Express parecía echarnos en cara, desde su lujo antiguo, nuestra condición de turistas jóvenes y con los recursos justos.

Mientras en la oficina de turismo de la estación yo buscaba alojamiento, María Luisa se asomó al exterior y volvió entusiasmada. Todavía recuerdo esa primera visión al salir al Gran Canal en las primeras horas de la tarde-noche de octubre: clima cálido, el bullicio en las escalinatas, el Gran Canal con sus

futuros ofrecimientos hechos presentes en la cúpula iluminada y verdosa de San Simeon Piccolo.

Esa sensación tan nueva entonces para nosotros, de recuerdo permanente, tan gastada ya por la experiencia de tantos viajeros, la reconozco ahora en dos citas. En su *Vida veneciana*, William Dean Howells escribe: «Creo que no existe nada en el mundo lleno de sorpresas tan relucientes y exquisitas como esa primera vista de Venecia que percibe el viajero cuando sale por la noche de la estación del ferrocarril y observa su incomparable rareza».

La segunda es de Juan Gil-Albert: «Salir a pie llano de una estación de ferrocarril como tantas y encontrarse en una ciudad mecida en las aguas sorprende como una especie de irrealidad».

Por su trazado laberíntico, para el veneciano «discurrir por las calles será un ejercicio de memoria óptica y no de memoria racional», nos dice Julián Gállego. Quizá por ello en Venecia lo visual está por encima de lo mental, pero no deja de estar condicionado por la sorpresa, como señala W. G. Sebald: «Quien se introduce en el interior de esta ciudad nunca sabe qué es lo que va a ver a continuación o por quién será visto en el momento siguiente».

El veneciano no atraviesa, pues, conjuntos urbanos concebidos según la simetría. ¿Habrà influido esta sinuosidad de itinerarios en cierta idiosincrasia local, amiga de lo ingenioso, lo inesperado, lo inseguro?